

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Los celos, por D. E. Blasco.—Gaul. Poema de Ossian, traduccion de V. Hugo, (continuacion).—La formalidad, por don Antonio Aguilar.—La última hoja. (Traduccion de Th. Gautier).—La pluralidad de mundos. (Traduccion de Young), por don A. Chocomeii.

GRABADO.—Lavadero. Copia de un cuadro de D. Rafael Ribas.

LOS CELOS.



o conozco nada más ridículo que un hombre celoso.

Al mismo tiempo que hago esta declaracion, debo hacer otra.

Soy uno de los hombres más celosos del orbe católico.

Y creo que ya no necesito hacer comentarios ni extenderme en consideraciones acerca de los celos.

Estoy seguro de que todo hombre, al sufrir esa enfermedad, se ha dicho:

—No tengo razon; soy un bárbaro.

Y sin embargo, no habrá dormido, ni habrá comido, ni habrá hecho más que desesperarse.

¿Por qué?

Porque es condicion precisa del hombre figurarse constantemente que se la pegan.

No hablo aquí de los celos fundados, porque éstos, dicho se está que teniendo su razon de ser, motivados están de sobra.

Me refiero á esa estupidez crónica que padece un hombre enamorado de una mujer, creyendo que esa mujer quiere á todos los hombres ménos á él.

Logra un sujeto cualquiera que una mujer le diga que le ama; si es verdad ó no, Dios y ella lo saben; pero ella dice que sí, y el sujeto se queda tan satisfecho.

Desde aquel momento la pobre mujer no ha de mirar á nadie, ni ha de saludar á nadie, ni ha de moverse delante de nadie.

Supongamos que un día se le acerca un amigo y le dice:

—¡A los piés de usted, Luisa!

Ya está el novio asustado y le sube calor á la cara.

—¿Cómo vá?—dice el amigo, y le alargla la mano á la muchacha.

La muchacha le da la mano. El novio suda.

—¡Qué bonita está usted!—añade el amigo.

Al novio le tiembla la barba.

Sigue la conversacion; el amigo, que conoce á la muchacha desde mucho ántes que el novio, comienza á recordarle tiempos pasados.

El novio está ya pensando en lo que pasaría entónces.

Se va el amigo.

Aquí empieza Cristo á padecer.

El novio pregunta, con una seriedad extraordinaria:

—¿Quién es ese hombre?

—Es un amigo.

—Con que un amigo ¿eh? ¡Pues el amigo te apretaba la mano más de lo necesario!

—¡Qué ocurrencia! ¿Cómo has podido ver eso?

—¿Crees tú que á uno se le escapan esas cosas? Lo mismo que el decirte que estabas bonita; ¿á qué viene eso?

—Pero, hombre, ¿tambien vas á tener celos ahora? ¡Si ese es un amigo antiguo de mi casa, un hombre que me ha visto nacer!

Al oír esto, el novio se quiere morir. ¡Un hombre que la ha visto nacer! ¡Es decir, un hombre que la habrá visto como su madre la parió!

—¡Adios!—dice.

Y se marcha á casa y se da con la cabeza contra la pared.

Noche toledana. El amigo que vió nacer á la novia le apretaba la mano...

¡Malo!

Le dijo que estaba bonita...

¡Peor!

Le preguntó si iría al teatro la noche siguiente...

¡Esto es grave!

Ella dijo que sí pensaba ir...

¡Esto es mucho más que grave!

A la noche siguiente, el novio va al teatro decidido á no hablar una palabra con *ella* y á espiar desde una butaca sus menores movimientos.

Pero al final del primer acto, el amigo que la vió nacer se presenta en el palco donde está ella.

El novio suda pez. A pesar de que está incomodado, quebranta su propósito y sube al palco. Saluda muy afectuoso á todas las personas que hay en el palco, excepto á ella. Al darle la mano, no se la aprieta. Además mira con cierta insolencia al hombre que ve nacer las novias impunemente.

Por fin el amigo se aleja, y el novio se acerca á la muchacha.

Esta ha comprendido ya que el novio está á punto de dar un estallido, que va á interrumpir la representacion, y quiere calmarle con una palabra.

El dice en voz baja, pero terrible:

—¡Luisa, hemos concluido!

—Pero, hombre, ¿no has visto que he estado tan indiferente con el pobre señor?

—¡El pobre señor! ¡El pobre señor! ¡Ahora quieres disimular, es claro! ¡Pero te conozco, te conozco!

La chica opta por no responder y se pone á mirar con los gemelos á cualquier parte.

—¿A quién miras?...

La chica no responde.

—¡Que no quiero que mires!

La chica cierra los ojos.

—¡Eso es, házme burla! ¡No me falta más que eso!

Por último el novio se va, y ¿quién lo querrá creer? ¡se va llorando!

Sí, señor, yo he visto llorar á hombres con patillas y picados de viruelas, por desahogarse, porque estaban celosos!

¡Ah! ¡Qué situacion la del hombre enamorado!

¡Ah! ¡Qué escenas tan cómicas!

Y todo ¿por qué? Porque se empeña uno en figurarse que la mujer amada se la pega á uno.

¡Y es un error, créalo el hombre, es un error muy grande!

La mujer no se la pega á uno más que cuando uno no se lo figura.

EUSEBIO BLASCO.

GAUL.

POEMA DE OSSIAN.

(CONTINUACION.)

Durante muchas noches, el viajero
Ha temblado á su vista misteriosa,
Pero cuando á la luz del claro día
A las tinieblas los espíritus tornan,
El pasajero su baston nudoso,
Del suelo, alegre y sin cuidado toma,
Para seguir cruzando las colinas
Que le marcan su ruta silenciosa.
Oh! sí! Tú volverás amado mio!
Mas, cielos! no es su barca la que voga
Envuelta allá en la bruma? Son sus velas
Blancas como la espuma entre las rocas,
Y semejan al árbol que en invierno
Mueve en los montes su nevada copa.
Es ella, ó es la nube de vapores
Que allá á lo léjos sobre el agua flota,
Para engañar el llanto de mis ojos?
Oh, no! Yo reconozco bien su forma!
Es ella! Sí! es la barca de mi amante!
No me ocultes ¡Oh noche! entre la sombra
Sus blancas velas, tú que ya comienzas
A envolverla en tus alas tenebrosas!
Deja que alegre en mi ligero esquife
Hacia los brazos de mi amado corra!...»
Ella ejecuta su designio rápida,
Mas no encuentra la barca, y voga, voga...
Ay! Que lo que ella ha visto es una nube,
Una nube abatida entre las ondas,
La fantástica nave de un marino
Que se hundió en otro tiempo, y hora flota
Perdida entre la niebla, que aun le place
Recorrer el Occéano á deshora.
Sus alas bate el viento fatigado
Tras el ligero esquife de Evircoma,
Allá en la noche llega silencioso
A la bahía plácida de Ifrona.
Bajo la sombra espesa de sus bosques
Entre la oscuridad ruedan las olas.

El rayo de la luna se desliza
Entre las nubes, y su disco asoma
Alguna vez entre los verdes árboles
De las colinas, en la cima umbrosa.
De tiempo en tiempo brillan las estrellas
Y entre los pliegues de la niebla brotan...
Mas de nuevo en un velo de vapores
Van á ocultar su frente misteriosa.
A su lánguida luz, del hijo amado
La belleza gentil mira Evircoma:
—«Tú eres bello—le dice conmovida,
Cuando en brazos del sueño te reposas!»
Luego sobre él se inclina y en el fondo
Del esquife llorando le abandona.
—«Duerme en paz hijo mio! No despiertes!
Deja que en busca de tu padre corra
Por la oscura ribera, y entretanto
Tu frágil cuna mecerán las ondas!...»
Por tres veces le deja y otras tantas
Sobre sus pasos hácia el hijo torna...
Imitando á la dulce tortolilla
Que allá del Ulla en la escarpada roca
Deja su nido, y á los verdes campos
En busca de alimento baja ansiosa,
Ve brillar en la sombra del arbusto
Los frutos negros, pero su alma toda
La idea del alcon turba y conmueve;
Hácia sus hijos trémula retorna
Muchas veces, aun antes que su pico
Pruebe la fruta del moral sabrosa.
Así por dos afectos agitada
Se ha conmovido el alma de Evircoma,
Como una ola que en continuos golpes
Se disputan los vientos y la costa.

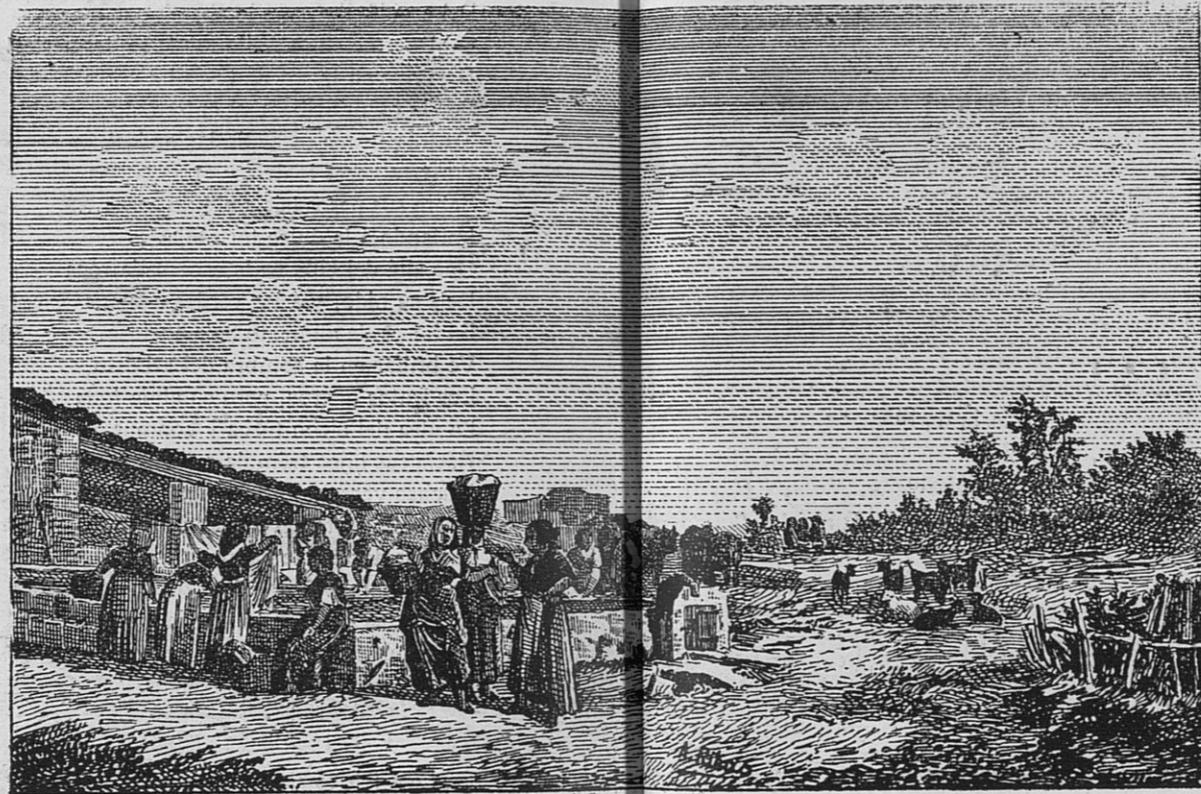
«Qué voz es esta triste y dolorida
Que me traen los vientos en sus alas?
Viene desde los árboles frondosos
Que bordan la ribera solitaria.»
—«Solo y abandonado de los míos,
Yo me lamento de mi suerte airada!
De qué me sirve ahora que mis brazos
Hayan sido de hierro en la batalla?
Por qué, Fingal y Ossian, nobles amigos,
No sabéis que yo gimo en esta playa
Desierta y tenebrosa? Astros celestes
Que brillais en la atmósfera azulada,
Decidlo en Selma con los signos mágicos
De las estrellas rojas, cuando salgan
Los héroes del festin y hácia vosotros
Eleven estasiados sus miradas!

Sombras que os deslizais entre los rayos
De la luna, si acaso vuestras alas
Os llevan á Morven, en los oídos
De Fingal deslizad estas palabras:
Decidle que yo muero. Que en Ifrona
Es donde está mi tumba solitaria.
Que hace dos días ya, sin alimento
Estoy, como una fiera abandonada,
Y que la ardiente sed que me devora
Se temple solo con la onda amarga.
Mas si del Estrumon por las orillas
Pasais, sombras, callad, no digais nada!
No turbeis de Evircoma el dulce sueño
Con presagios horribles de desgracias!
Que el rumor de los vientos que os anuncian
Resuene lejos, lejos de sus salas!
No agiteis las florestas que rodean
Cual las hojas al nido su morada!
Ella os entenderia y mil tormentos
Brotarian punzantes en su alma!
Alejaos espíritus nocturnos
Y no turbeis el sueño de mi amada!
Evircoma! Detrás de las colinas
No brilla aun la luz de la mañana,
Duerme con nuestro hijo entre los brazos!
Con el dulce murmullo de las aguas
Del Estrumon deslícense tus horas!
Que tu sueño te alegre como el alba
En el valle riente de los gamos,
Y que el recuerdo de Gaul no vaya
Para nublar la luz de tu alegría!
Si tú vives tranquila, dulce amada,
Gaul olvidará todas sus penas!...»

Evircoma aparece entre las ramas.

—«Y piensas tú, Gaul, esposo mio,
Que yo goce del sueño ni de calma
Cuando tú sufres? Piensas que en tu ausencia
Pueda el día reír sobre mis lágrimas?
Oh, no! mi corazón no es cual la roca
Insensible al dolor! Los de mi raza
No han nacido en Ifrona! Pero cómo
Te podré socorrer, luz de mi alma?
Dónde encontrar la vida, el alimento,
Para mi esposo en esta tierra estraña?
Ah! De Casdu-Couglas la tierna historia
En mi imaginacion fúlgida pasa!
Yo era niña, mi padre entre sus brazos
En una oscura noche me llevaba
Sobre las negras ondas, con Crisollis,
Ese rayo de amor! La mar airada
Nuestro esquife estrelló contra una roca.

BELLAS ARTES.



LAVADERO.

(Copia de un cuadro de D. Rafael Ribas.)

En la ribera pedregosa y árida
Tres árboles no mas secos y añosos
Mecían sus cabezas deshojadas
Al soplo de los vientos. Entre el musgo
Que sus viejas raices ocultaba,
Unas frutas salvajes encontraron.
Mi padre las cojió, mas sin probarlas
—«Toma, aliméntate—dijo á Crisollis,—
El ciervo corredor de las montañas
Reanimará mis abatidas fuerzas
Cuando Casdu-Couglas corte su rauda
Carrera con la flecha allá en el bosque.»
Nació el dia. Mi padre con las ramas
De los arbustos, al llegar la noche
Había fabricado ya una barca,
Pero falto de fuerzas y alimento
Desmayóse en la arena de la playa.
—Voy á dormirme—murmuró,—¡Oh Crisollis!
Cuando la mar tempestuosa y brava
Baje sus ondas, hácia Idronlo parte
Con tu hija. La hora está lejana
En que despierte yo!—Dulce bien mio,
—Ella responde;—las colinas plácidas
De Idronlo, sin tu amable compañía
No me verán jamás! ¡Ah! Quién pensára
Que acabasen tus fuerzas! Los salvajes
Frutos que ayer me diste, alimentarla
Pudieran hoy! Qué hacer?... Pero mis pechos
Llenos están de leche! ¡Oh luz del alma!
Bebe, bebe, que es fuerza que tú vivas
Para tu esposa, para tu hija amada,
Y no duermas aquí el último sueño
Sobre el húmedo lecho de esta playa!»
Levantóse. La vida por sus venas
Ya circula. El viento al fin se calla,
Y á Idronlo regresaron. Muchas veces
Mi padre me llevó á la tumba helada
Donde duerme Crisollis, y esa historia
Me repitió.—«Evircoma,—entre sus lágrimas
Decía:—cuando al sol de los amores
Cual tierna flor tu corazon se abra,
Ama á tu esposo así» ¡Gaul! yo te amo
Como las flores y el rocío se aman,
Y mis pechos de vida están enchidos!
Oh! Bebe amante mio, que mañana
Lejos ya del peligro, reiremos
Del Estrumon en las riberas pláci las!

Gaul responde triste y conmovido:

—«Oh tú, la mas querida de tu raza,
Torna otra vez hácia la verde orilla
Del Estrumon, y que la luz del alba

No te encuentre en Ifrona! A su ribera
Vuélvete con Ogal, mi bien amada!
Por qué troncharle cual capullo tierno
Que el guerrero destroza con su lanza?
Él, sin piedad, derriba de su tallo
A la flor de rocío coronada,
En tanto que pasea indiferente
Y á media voz himnos de guerra canta.
Vé! Déjame en Ifrona! Cual los rios
Que el fuego del verano agota y para,
Así todas mis fuerzas poco á poco
Siento que por momentos se anonadan.
Mi frente, cual la yerba amarillenta
Al soplo del invierno, siento helada.
Del sol amigo el esplendente rayo
No me reanimará cuando galana
Torne la primavera!... A los guerreros
De Morven vé corriendo, dulce amada
Y diles que me lleven, que me lleven
A morir bajo el cielo de mi pátria!
Pero no! Ya el reflejo de mi gloria
Se ha empañado! Vé y dí que en estas playas
Me eleven una tumba humilde y pobre
Debajo de esa encina centenaria.
El extranjero la verá llevado
Por las movibles ondas azuladas
En la tarde tranquila. Hácia la tierra
Mirará suspirando, y una lágrima
Rodará de sus ojos.—«Esto es todo
Dirá—lo que de un héroe nos guardas!»
—Y todo lo que resta de una bella»
Dirá tambien! ¡Gaul! Tú bien amada
Reposará en la tumba de su amante!
Una será postrera cama,
Y entre los pliegues de la misma nube
Vagarán nuestras almas abrazadas!
A los pálidos rayos de la luna,
Seguirán nuestros pasos las gallardas
Vírgenes de Morven,—«Ved esas sombras
Dirán—que el fuego del amor enlaza!»
Sí, extranjero que cruzas estos mares,
Deja correr aquí una doble lágrima,
Porque en la misma tumba de su amado
Se encierra su Evircoma enamorada!...»
Pero, qué voz á mis oidos llega
Del viento de la noche entre las alas?
Son los gritos de Ogal abandonado!...
De su letargo se despierta el alma!...
Sí! Yo la siento que se agita y lucha
Dentro del corazon! Gaul, tú callas,
Pero tu alma tambien como la mía
Se siente conmovida y agitada!
Por qué del duro seno de un guerrero

Ese suspiro de dolor se exhala?
El corazón de un padre por ventura
A la voz de su hijo no se ablanda?
El corazón sensible de las madres
Palpita alguna vez en sus entrañas?
Sí! Tú partes la angustia que yo siento!
Oh, Gaul! Un esfuerzo! Hasta la playa
Te llevaré donde tu hijo llora!
Ven! Para mí será ligera carga
El peso de mi amado! Nunca es débil
Evircoma, si el riesgo te amenaza!
Tu lanza dame. Ella será mi apoyo
Al cruzar la ribera solitaria!»

(Se continuará.)

LA FORMALIDAD.

¡Y cuidado que me gusta la formalidad! Pero aseguro á Vds. que estoy ya más que harto de hombres formales.

Aquí un paréntesis.—Antiguamente se llamaba formal á una persona cuando cumplía con la mayor exactitud sus compromisos y nunca faltaba á la verdad en sus palabras: hoy, que ya pertenece á la historia tan apreciable raza, sólo se entiende por formal, á despecho del Diccionario, el que siempre con expresion de disgusto en el semblante, tiene, segun el vulgo, *cara de perro*. —Queda, pues, hecha la salvedad y cerrado el paréntesis.

Sí, señor, no los puedo soportar; pero de ellos es el reino de la tierra y un tesoro valen las sombras de su avinagrado rostro.

La sabiduría, el talento, la hombría de bien, todo puede atribuirse al que tenga el aspecto de sepulturero.

La conveniente disposicion de las cejas que viven separadas por una docena de arrugas, como si estuviesen reñidas entre sí; grandes surcos desde los extremos de la boca, á la parte superior de la nariz; poblado bigote que sólo se extiende á cubrir en forma de cepillo, el labio superior; mirada un tanto melancólica, fija y penetrante, aunque nada penetre; vos seca y siempre igual; palabra breve; el cuerpo en completa rigidez; el andar pausado. ¡Oh, que sabio filósofo debe ser quien así se presente!

Y hasta el mismo traje, es, en sus más mínimos detalles, objeto de detenido estudio. Pantalón

recto, negro ó muy oscuro; severa levita abrochada hasta el cuello, ó amplio gaban verde aceituna ó azul turquí; ancha corbata de raso; elevado sombrero de forma siempre igual; lustradas botas, que parece no se renuevan ni deterioran nunca; baston inseparable, tan conocido como su dueño. ¡Cómo se complementa así el aspecto de un hombre formal!

Es en todas las discusiones espectador casi mudo: sólo cuando ya está ultimado el debate, suele enseñar un poco los dientes para decir con tono de autoridad: el señor tiene razon: no es muy exacto lo que usted cree.

Y á quien así habla ¿cómo no tenerle por sabio? Es evidente cuando guarda silencio, que para él resulta trivial y sencillo lo que otros encuentran dudoso, y que mientras ellos agotan todas sus fuerzas en la discusion de un asunto, ha de tenerles lástima por lo ignorantes, guardando en el bolsillo la apetecida solucion.

Si ántes de hallarla, se ocurre preguntar: ¿qué opina usted don Fulano? Entónces dá una respuesta, cuyo molde es muy socorrido. Hombre, yo diré á usted; ciertamente no falta la razon bajo tal punto de vista, y sin embargo, los que otra cosa suponen tienen tambien sus fundamentos, porque... en fin, amigo mio, esta es mera cuestion de apreciaciones.

Y vuelve á cerrar la boca, y todos quedan tan satisfechos de su sentencia, y á todos deja tan convencidos de que es un pozo de sabiduría, un mónstruo de talento.

¡Don Fulano,—suele decirse al separarse de él,—qué hombre tan formal, qué tino el suyo para tratar las más delicadas cuestiones!

No hay nada de que no entienda, ni nada que pueda satisfacer sus exigencias. El teatro le aburre á fuerza de ver en él cuatro desatinos, dichos por media docena de payasos; los otros espectáculos son incompatibles con su carácter; la lectura le cansa, porque nada nuevo se escribe y mucho se copia de obras que él conoce; las artes murieron desde que sólo se nos ofrece un ligero remedo de lo real.

Hablando siempre así, rebuscando palabras de efecto y frases hechas, sin acalorarse en sus censuras y ménos en los elogios, sin que un solo instante varíe la expresion del semblante, el tono de la conversacion, fácilmente adquiere fama de hombre que mucho vale.

¡Cuándo digo á ustedes que el hombre formal es el más ridiculo de cuantos nuestro mundo habitan!

Y si la formalidad pasa de personal á colectiva; si en vez de manifestarse en el rostro de un hombre, caracteriza todos los actos, la vida entera de una corporacion; si, en fin, no se trata ya de un sepulturero, sino de toda una *funeraria*, entonces sí que dan ganas de levantar estatuas á los inventores del pandero y las castañuelas.

Esas academias, que olvidan todo problema de verdadero interes práctico por dilucidar oscurísimas cuestiones faltas en absoluto de trascendencia; esos periódicos y revistas que con un lenguaje poco usado parece que viven en regiones á las que no se remonta ni el mismo genio; todos esos centros siempre encerrados en las *serenas esferas de los principios*, siempre apartados del mundo y la realidad, siempre ocupados en trabajos infructuosos; esos visten tambien el pantalon negro, el gaban azul turquí y la elevada chistera del hombre formal; esos tambien logran ser respetados en el mundo por una ciencia que no llega á ponerse en claro, por el exquisito tacto con que eligen y discuten las cuestiones de que se ocupan.

¡Oh, la formalidad, la formalidad, que cosa tan estimable es!

ANTONIO AGUILAR.

LA ÚLTIMA HOJA.

(Traduccion de Jb. Gautier.)

En el bosque enmohecido,
Entre los desnudos ramos,
Queda una hoja olvidada,
Solo una hoja y un pájaro.

Para cantar, en mi pecho
Un solo amor ha quedado.....
El viento de otoño silva
Y nadie puede escucharlo!

La hoja cae, el amor muere,
Porque el invierno ha llegado.....
Ave, á cantar en mi tumba
Ven, cuando enverdezca el árbol!

LA PLURALIDAD DE MUNDOS.

(Traduccion de Young.)

Si es un error el ardor
Que siento, cuando en mi anhelo
Descubro un mundo mejor
En cada estrella del cielo,
Qué importa? Sublime error!

Si encerrado en mi humildad
No puedo encontrar la frase
De su razon y verdad,
En cambio tiene por base
Grandeza y divinidad!

Dios que crea á su placer
Tantos átomos fecundos,
Dará vida, aliento y sér,
A esos millares de mundos.
Quién limita su poder?...

Si consulto á la Natura
El microscopio al mirar,
Veo el cristal que conjura
Séres de estraña figura
Y de pequeñez sin par.

Pues que le llegó su vez
Al pensamiento, no tema
Volar con santa altivez
Hácia la grandeza estrema,
De la estrema pequeñez!

A Dios, no intentes buscarle
Que no podrás poseerle;
Naciste para admirarle,
No insistas en comprenderle,
Que te basta el adorarle!

De un humilde amor en pos
Camina, y en viento ó llama
Podreis hallaros los dos;
Es el corazon que ama,
El sábio que encuentra á Dios!

ANTONINO CHOCOMELI.